

III

Elegía del destierro

(A la manera de Ovidio)

Para
Jaime Duarte French

*Son lo mismo la muerte y el destierro
para mi corazón. Más dulce, acaso,
agonizar, ensangrentado el pecho,
bajo una ronda circular de pájaros,
que este contacto con la dura tierra
que ha de abrigar mis huesos para siempre.
Esta es la tierra de pizarra y polvo
donde el propio horizonte me estrangula
como un dogal. El agua que aquí corre
sólo parece el llanto de las rocas.
Si un árbol aquí erige su figura
denuncia en la aspereza de sus hojas
la sed, la inmensa sed de las raíces.
Aquí abren volcanes apagados
sus gargantas colmadas de ceniza,
y en todas partes el agudo sílex
peina la dura ráfaga, que silva
como la crín de un potro desbocado.*

*Esta es la tierra que, con férreo dedo,
para vivir me deparó el destino.
Cómo recuerdo la tremenda noche
en que el esbirro sacudió mi puerta
para gritar: ¡En marcha! ¡en marcha! ¡en marcha!
Y no hubo tiempo de extinguir la lámpara
ni de marcar la página inconclusa,
ni de apurar, por fin, la última espuma
que esperaba en el fondo de las copas
¡En marcha! Y el vocablo me empujaba
con más vigor que los cuadrados hombros
de un campesino que remonta un carro.*

Fue, pues, preciso abandonar el lecho
donde el amor, gemelo de la muerte,
desgranaba las horas, como perlas,
ya en vaso de cristal, ya en copa de ébano.
Y los jardines donde el agua viva
superaba la altura de las rosas
saltando, en imprevistas acrobacias,
como un lebrel cargado de collares.
Y las estancias de pintados muros
que una vida más alta proclamaban,
al enlazar los símbolos del cielo
con las alegorías de la tierra.
¡En marcha! Ya, bajo el umbral dorado,
miré hacia el fondo, con callada angustia,
y un gran vacío, resonante de ecos,
fue la respuesta a mi última mirada.

Aquí, frente a estas rocas, rememoro
todo el pasado. ¡Oh mi ciudad lejana!
tan rica de columnas y de plazas,
tan poblada de fuentes y de árboles,
y con tu río de silencio y luces
que de cambiante cinturón te ciñe,
mientras que tú sostienes en los hombros
palomas que te pican las mejillas,
y en las manos esbeltas catedrales,
y en la cabeza una legión de torres.

Así te abandoné, ciudad creada
para el amor, la reflexión o el ocio,
donde es grato soñar en cualquier banco,
desesperarse entre las propias flores,
añorar no se qué junto a una pila,
o morir a la luz intermitente
de un farol que combate con la niebla
¡Oh, mis jardines! ¡mis sabrosos bosques!
donde el amor oficia noche y día,
ya en medio de los altos tulipanes
o entre el perfume del sedoso trébol
sin dejar otra huella de su paso
que un poco de carmín, deshecho en pétalos.

*Así te abandoné, ciudad pacífica,
manso cuartel para el ruidoso ejército
de tus mujeres. Esas que se mueven
con tranquila indolencia, como barcos
que conducen perfumes y vellones,
y las que avanzan, con el pelo suelto,
subordinando el aire del verano
al ágil cimbrear de sus cinturas,
y las que ofrecen los desnudos muslos
a la presión de ajorcas y de pámpamos,
o bien la espalda de apretado ámbar
para el viril asalto de la ola.*

*Ahora estoy aquí, frente a estas rocas,
mientras el mar, las nubes y el desierto
me separan de ti, y estorban juntos
la sorda rebelión de mi esperanza.*

*¿Qué crimen aquí expió? Aquí se venga
fiera divinidad, porque he logrado
que mi canción, de vengador acento,
mereciera el aplauso de la espuma
y la hospitalidad de las estrellas?
¿Purgo alguna virtud de esas que ofenden
a los humanos? ¿O será que es crimen
mi soledad poblada de fantasmas?
El pan, el agua, el fuego, concedidos
con mano liberal, la mesa próspera
el vino amable y las fragantes rosas
¿fueron acaso don exagerado
para mí?*

*De este modo se plañía
Fabio infeliz y yo dije: Escucha.
Sólo el varón es grande, que ha nacido
en patria grande. Del terruño mísero
comparte tú el destino. No pretendas
ninguna dignidad cuando se vive
en tierra de dolor y servidumbre.*

RAFAEL MAYA